

Vallejo y una Polémica

por Sebastián Salazar Bondy

Con ocasión de la Semana de Trujillo y como homenaje a César Vallejo se llevó a cabo en la Universidad de esa ciudad norteña una Mesa Redonda que versó sobre el sentido de la obra del gran poeta peruano. A raíz de las ideas expuestas en dicha oportunidad en torno al autor de "Los Heraldos Negros" por dos catedráticos españoles de aquella casa de estudios, se encendió el debate polémico, el cual a estas alturas ha adquirido caracteres personales un tanto distantes de lo propiamente académico y universitario. Contra la opinión recalcitrante de los dos profesores, se alzó la palabra del joven escritor Alejandro Romualdo, quien acudió a la cita especialmente invitado por sus organizadores. De Vallejo, el asunto derivó al tema de la actualidad o inactualidad de los clásicos, y de este punto fué a dar, por suerte del desacuerdo cada vez más ácido, a los términos de la ironía y la desautorización recíproca.

Todos somos libres de apreciar o no a un poeta. Inclusive, aunque a primera vista parezca paradójico, siendo catedráticos de la literatura a la cual pertenece el poeta desdefiado. Quizá la primera virtud que todo exégeta y crítico debe tener es precisamente la objetividad, el "guante de hielo" que Ranke pedía para el tratamiento de la historia. No ser beato de ningún género es situarse en un punto equidistante y favorable para la emisión de un juicio de calidad universal. Sin embargo, la objetividad absoluta no es fácil de conquistar. Menos aun con respecto a aquellas personalidades sobre las cuales nos falta la perspectiva temporal. Vallejo no gusta a mucha gente, es cierto. Pero es cierto, asimismo, que son infinitos sus lectores y que la influencia que ha ejercido y ejerce en América — y también en España, donde algunos poetas nuevos como José María Valverde le han dedicado análisis y estudios considerables — es cada vez más honda y evidente. Juzgar la obra de este extraordinario escritor es posible sólo acordándole un lugar de excepción dentro de sus contemporáneos. Por su originalidad y trascendencia, no caben con su obra los pruritos gramaticales y las estimaciones de mera preceptiva. Desde Aragón — que ante la tumba de Vallejo en París prometió dar a conocer su poesía y cuyo compromiso está aún pendiente — hasta Luis Monguió y André Coyne, sus dos más recientes críticos, el creador de "Poemas Humanos" ha sido visto como un fenómeno literario de notable vigencia. Junto a Neruda, es el fundador de una lengua poética nueva, remozadora del español consumado y plena de inminencias vitales.

No se puede partir, para elaborar una tesis sobre Vallejo y su poesía, por más que se posea una sensibilidad opuesta a la que requiere

su particular esencia lírica, de pre-conceptos inamistosos. Decir que "destrozó el idioma" es reconocer con ingenuidad que el idioma es un sistema frágil y deleznable y que impunemente — y algo más, gloriosamente como Vallejo — se le puede hacer pedazos. Afirmar que el poeta era un "alienado" es ir a dar en una flagrante petición de principio, pues implica improvisar un diagnóstico que exige una demostración previa y palpable. También de Darío se dijo que destrozó el idioma y, no obstante, Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez, García Lorca y otros, le renococieron oportunamente el magisterio más alto de la lengua. Gerard de Nerval, el Conde de Lautreamont, Baudelaire, Rimbaud y muchos grandes escritores fueron llamados locos y, no empece la acusación, su obra ha quedado como ejemplo de espiritualidad y belleza. No es esta la manera de encarar una obra de arte. Menos, por supuesto, la manera como debe acercarse a ella un hombre de estudio, un hombre que forma a otros hombres y les enseña a ahondar en los frutos perdurables de la cultura.

Parecía llegado la etapa en que aquella famosa frase que invitaba a Vallejo, a comienzos de su carrera, a "sembrar de nuevo quinua, ocas y papa amarilla" había sido totalmente superada. Ello no quiere decir que adoptáramos ante él y ante sus poemas una actitud simplemente contemplativa, sino que, por el contrario, lo consideráramos a la luz de la mejor inteligencia, del más ponderado juicio. De otro modo, lo que se hace no pasa de ser una arbitrariedad, inexplicable en el claustro universitario donde el conocimiento es, por sobre todo, criterio límpido, penetración independiente y sabia serenidad. El tiempo suele ser implacable con los críticos demasiado apasionados, y nadie resulta más ridículo a los ojos de hoy que el pomposo Saint Beuve, quien negara todo mérito a la poesía de Baudelaire, ahora inmortal. Es el riesgo que se corre cuando se cree tener la fórmula infalible para medir las creaturas ajenas.

El debate a que nos referimos y la polémica consecuente no han servido para ilustrar más y mejor al público sobre César Vallejo y su significación en la literatura. Han menudeado los términos descorteses, los sarcasmos y los desplantes, es decir, todo aquello que el viento se lleva en la primera tolvanera. Más propio hubiera sido, para aleccionamiento de todos aquellos que no fuimos testigos del desarrollo de la conversación, que las cartas de los dos catedráticos españoles y la del poeta Romualdo expusieran con diaphanidad y sin acaloramientos los puntos de vista de cada cual. No ha sido así, quizá porque, a despecho de la frase del teólogo, de la discusión nacen siempre las tinieblas.

La Prensa 6 de enero 1954

p. 8